

## VIGIL DE QUIÑONES, MÉDICO MILITAR, HÉROE EN BALER\*

POR ENRIQUE DE LA VEGA VIGUERA

Es penoso comprobar, lo poco que España honra a su héroes. Quizás sea la culpa, de aquellos, que creen que tornar los ojos al pasado es un achaque de historicista, o de aquellos otros, que piensa, que la vida es sólo presente.

Muchos españoles que fueron protagonistas, permanecen hoy en el anonimato y entre ellos, hay un nombre, que ha permanecido ignorado para la mayoría de los españoles, hasta que hace poco, adquirió pública resonancia, al vincularse al nuevo Hospital Militar de Sevilla; nos referimos a Vigil de Quiñones. Al recordarlo, queremos glorificar a un andaluz, que fue heroico médico militar.

La biografía es siempre una enseñanza que debemos mantener, y como tal, es un fortalecimiento de la cultura.

Rogelio Vigil de Quiñones y Alfaro, nació el primero de enero de 1862, en Marbella, por entonces, modesto pueblecito marinero de la costa malagueña.

En otro enero, treinta y seis años después, conocería los mares del Pacífico para llegar a Filipinas, y dejar huellas de su heroísmo, en una gesta, que constituiría un hito en la Historia de España.

La personalidad que brevemente vamos a abordar, es, la de un médico militar, que en el servicio a su Patria, supo glorificarla sin más aspiraciones ni beneficios, que los de cumplir con su deber.

Significando el escaso interés, que para los españoles tiene la exaltación de nuestros héroes, y menos cuando se vive una época como la actual, tan vacía de contenido espiritual, intentaremos analizar la actitud de un hombre, que supo vivir sus propias convicciones.

---

\* Disertación leída en la Sesión del día 19/1/87

No creemos pecase de exagerado, quien dijo, que si los españoles supieran revisar el legado de nuestros héroes, podría ser España, la reserva moral del mundo; porque el heroísmo en el español, en cuanto a creación y ejemplaridad, es una cualidad de nuestro pueblo. Y no es, que proclamemos el protagonismo en su más alta dignidad, como una petulancia inspirada sólo, en la actuación de Daoíz, o Velarde; los defensores del Santuario de la Cabeza o del Alcázar de Toledo; porque heroísmo es también, la labor desarrollada, por aquellos frailes misioneros durante los descubrimientos, ó por los ilustres personajes, que como Ruy González de Clavijo, en tiempo de Don Enrique III de Castilla, aceptó ser embajador de España en la Corte Timur, en aquella Samarkanda de doradas torres y confusos zocos. Lo mismo puede decirse de los que han sido llamados Ultimos de Filipinas. Estos, sin buscar oro, ni vanidades, se conformaron con el orgullo de hacer algo por la Patria, sin más alegría, que el deber cumplido y sin otra esperanza que su fe.

Pero conozcamos a nuestro hombre. Ante todo fue médico. Se graduó en Granada en la Licenciatura de Medicina y Cirugía a la edad de 24 años. Once más tarde, fue nombrado por Real Orden, médico militar provisional, para que pudiera prestar sus servicios en las posesiones españolas de Filipinas. De regreso en la península, obtiene por oposición el título de médico segundo. Cuatro años después de 1906, alcanza por antigüedad el empleo de médico primero, que ejerce durante doce años, dentro del Cuerpo de Sanidad Militar, hasta ascender a Comandante con cuya graduación le llega la edad de retiro.

Su amplia Hoja de Servicios militares, puede resumirse diciendo, que marcha a Manila donde es destinado al Hospital de Malate. Transcurridos unos meses, se hace cargo de la enfermería del Fuerte de Baler. Cuando regresa a España se incorpora en Sevilla al Regimiento de Infantería Soria 9. Destinado en Canarias, retorna a la península para formar parte del Regimiento de Cazadores de Barcelona. Vuelve a Sevilla como ayudante de campo del Inspector de Sanidad Militar de la 2ª Región, consiguiendo plaza de cirujano, en el Hospital Militar de esta ciudad.

El año 1919 y con motivo de los conflictos de Marruecos, Vigil de Quiñones, manteniendo su primera vocación de médico pero dejándose guiar de su espíritu militar, acepta el cambio, que solicita desde Melilla un comandante cirujano. Permanece en Africa hasta que el uno de Enero de 1924, al cumplir la edad reglamentaria, pasa a la situación de reserva, fijando su residencia en San Fernando (Cádiz).

Hemos limitado a un breve resumen, la biografía de médico y militar de nuestro personaje, porque lo que nos importa es, evocar en la

pantalla de nuestro recuerdo, la figura heroica, que como Vigil de Quiñones, forma parte de la galería de españoles, que enalteciendo nuestra historia, son desgraciadamente olvidados.

Los sucesos que ocurrieron en Filipinas con motivo de su independencia, y más concretamente lo que se conoce como el Sitio de Baler, están en la mente de casi todos los españoles. Recordémoslo. El archipiélago de Filipinas se descubre en 1521 por Magallanes y su lugarteniente Elcano. La historia de este archipiélago es verdaderamente apasionante...

Hasta fines del siglo pasado, españoles y filipinos derramaron su sangre luchando codo a codo, para defender el territorio contra numerosas invasiones. Las insurrecciones filipinas llegaron en 1898, acabando con la soberanía española en el archipiélago. El 27 de Junio de ese mismo año, dio comienzo la sublevación en la zona que comprendía la comandancia militar de Baler. Este pueblo tenía a finales del XIX unos dos mil habitantes. Situado en lo que era provincia de Nueva Ecija, comprendía parte de la costa oriental de la isla de Luzón. El contrabando de armas para la insurrección en aquellas playas provocó que, el Comandante Militar capitán don Antonio López Irizarri, solicitara refuerzos, ya que la guarnición normal de Baler, eran un cabo y cuatro guardias civiles. Fruto de aquellas gestiones fue, la llegada de 50 hombres al mando del teniente don José Mota, propuesto para el ascenso a capitán. Pero una noche estando descuidado el servicio de vigilancia, fue atacado y destruido el destacamento.

En vista de ello, pasados unos meses, llegaban a Baler en el vapor «*Compañía de Filipinas*», el capitán don Enrique de las Morenas y los tenientes don Juan Alfonso Zayas y don Saturnino Martín Cerezo, así como el teniente médico provisional, don Rogelio Vigil de Quiñones y Alfaro, con una enfermería de diez camas. Además, se reintegraba a su destino el párroco del pueblo, Fray Cándido Gómez Carreño, que había estado prisionero de los tagalos.

El destacamento constaba de 55 hombres pertenecientes al Batallón de Cazadores nº 2. Cuando se inician los combates, son tan numerosos los adversarios, que los españoles tienen que refugiarse en la iglesia del pueblo, edificio de más fuerte construcción donde almacenaron los víveres y municiones y abrieron un pozo en la iglesia que al principio dio resultado. El asedio se endurece a partir del 28 de junio de 1898. Los nativos intentan varias veces el asalto. Vigil de Quiñones toma parte activa en los combates, realizando no solo su misión específica de curar heridos, sino además, con las armas en mano.

A los cuatro meses de comenzado el sitio, Vigil de Quiñones resulta herido, pero no se amilana; sólo le preocupa atajar la epidemia de beriberi que ya ha producido bajas tan sensibles, como las del Capitán Jefe de la posición, Enrique de las Morenas, y el segundo Jefe, teniente Juan Alonso Zayas.

Por sucesión de mando, le corresponde hacerse cargo de la posición, al teniente de Infantería Saturnino Martín Cerezo, que como buen extremeño, tiene la intuición del labrador impulsivo. Con él, comparte Vigil de Quiñones las vigiliias de las guardias y la responsabilidad del mando.

Transcurre casi un año. Los heroicos cazadores de Baler continuaban en sus puestos. Los sitiadores, tratan de eliminar la tenaz resistencia de los españoles, intentando incendiar la Iglesia. La lucha se hace encarnizada. Los defensores exponen su vida por mantener la bandera de España en lo que creen es aún territorio español, al no admitir que muchos meses antes se había rendido Manila y se había firmado el armisticio el 12 de Agosto de 1898.

La actividad de Vigil de Quiñones, es increíble, aún estando herido y enfermo de beri-beri, se hace trasladar en un sillón a donde su presencia es más necesaria. El propio Jefe de la posición, teniente Martín Cerezo, calificaría de hazaña, la labor desarrollada por su compañero.

No podemos olvidar al párroco del pueblo, Fray Cándido, que falleció en la defensa de la iglesia; la de los frailes, López y Minaya, prisioneros de los tagalos, que cuando fueron enviados para pedir a los españoles que se rindieran, se quedaron con ellos, así como la actuación del cabo Olivares, que siguiendo las instrucciones de Vigil de Quiñones, realizó una salida con 14 soldados hasta el campo enemigo, apoderándose de víveres frescos, con los que el médico pudo mejorar las bajas del beriberi. Como recompensa, Vigil de Quiñones le regaló su reloj. El consejo del médico, intuyó la existencia de vitaminas aún no descubiertas.

Después de 337 días de privaciones, durante los cuales han conseguido alargar el agua, los víveres y las municiones. Agotadas todas las existencias, acuerdan la capitulación. Las bajas sufridas entre muertos y heridos superan el 75 por ciento de la fuerza sitiada.

Aquellos espectros hambrientos, que se habían defendido sobre las tumbas de sus compañeros enterrados en la misma iglesia, fueron los únicos españoles, que no conocieron la derrota del 98, cuando al final se produjo la pérdida de la España Ultramarina.

La fama, que veleidosa, suele en ocasiones negar la gloria al héroe, para que se olviden sus recuerdos, no siempre puede evitar, que la

inmortalidad, venere a los que han sido acreedores de lucirla.

La actitud de nuestros compatriotas en Baler, alcanzó la admiración en el mundo entero, hasta el punto de que el Presidente de la República de Filipinas, Emilio Aguinaldo, queriendo rendir culto a las virtudes militares de aquellos españoles, dispuso por un Decreto, que los últimos supervivientes de Filipinas, no fueran considerados prisioneros y se les proveyera de la documentación necesaria para regresar a España. Este Decreto estaba fechado en Tarlak en 30 de Junio de 1899.

Emociona comprobar, como al revisar la geografía del Mundo, encontramos que en todos los lugares existen tumbas de españoles. Pero indiferentes ante tales hechos, olvidamos nuestra casta, como habíamos olvidado, a aquellos compatriotas que supieron resistir en Baler.

Un último recuerdo se conserva de aquella gesta, se produjo en octubre de 1954 con motivo de la visita, que hizo el general Muñoz Grande, como Ministro del Ejército español al Pentágono. El Jefe de E.M. del Ejército Norteamericano, Ridway, recordando el heroísmo de la guarnición de Baler dijo al general español: *«La resistencia de aquella guarnición inerme y destrozada, es un ejemplo admirable de la capacidad de heroísmo y de la fuerza de las condiciones del soldado español»*. Añadiendo que, recomendaba a sus oficiales, la lectura de la famosa hazaña de la guarnición de Baler, como *«Símbolo de un gran espíritu»*. Por Decreto de 12 de Mayo de 1956 se reconocían los méritos de Vigil de Quiñones que, *«como oficial médico –decía textualmente– no se limitó al cumplimiento de sus deberes profesionales, durante el sitio, ya que no solamente asistió a los demás componentes del Destacamento, aún estando herido y enfermo, sino que llegó cuando fue necesario, a empuñar la pistola o coger el fusil como uno de tantos»*.

En reconocimiento de estos méritos, se le concedió a su viuda Doña Purificación Alonso Ruíz, una pensión de diez mil pesetas anuales.

Hacer un retrato completo de Vigil de Quiñones, es difícil. No sabríamos hacerlo. Conocedores de nuestras limitaciones, trazaremos sólo un perfil de tan esclarecido español.

Sus características fundamentales fueron, ser andaluz, médico y militar.

Hombre de recia catadura mediterránea, es el español representativo al servicio de la honradez. Como buen andaluz, mantuvo siempre su idiosincrasia y su ingenio, para hacer más llevadera la dura lucha. Como buen militar, un metódico; admirador de la disciplina y el orden.

Sus amores estaban en España, por eso supo defenderla en las duras tierras de Filipinas; Vigil de Quiñones pensaba, que no era un

territorio lo que había que defender, era más que todo eso, eran los valores supremos de todo hombre: Patria, Honor, Fe y sentido espiritual de la vida.

Nuestro personaje, generoso en la variedad de sus vocaciones, supo poner a prueba el carácter estóico del español, sin preocuparse de que su nombre tuviera eco en el recuerdo popular.

Su estoicismo era de los que saben dar conformidad al alma y si era preciso, limitar su actividad, a la contemplación de los campos de olivos y encinares, o al bello romper de las olas sobre las orillas. Como tantos andaluces, supo ante la tragedia permanecer impassible.

El recuerdo que nos queda de los Últimos de Filipinas suele estar unido, a valorar la altura moral de cada personaje, y la prestancia épica de su actuación. Ellos, supieron explicar la actitud a adoptar para defender la unidad de la Patria. Afortunadamente, en aquella época, aún se sabía valorar en España la poesía y el idealismo. Entonces, más que país, éramos Imperio. No sabríamos decir si lo de Baler, fue justo o injusto; pero sabemos, que aquel pequeño reducto defendido por españoles, fue ejemplo de la fortaleza del espíritu de occidente, en medio del mundo oriental.

Por todo eso, Las Morenas, Alonso Zayas, Martín Cerezo, Vigil de Quiñones y tantos anónimos, fueron héroes. Como siempre, las ideas que valen algo, suelen ser las que se escriben con sangre.

Los defensores de Baler consiguieron realizar dos descubrimientos de una sublime simplicidad: la resistencia en defensa de la Patria y la conformidad con los sufrimientos: Heróicas y cristianas virtudes, que por desgracia van perdiendo su importancia social. Cada vez son menos, los que reflexionan sobre esos valores del espíritu, como supo hacerlo nuestro médico, militar y andaluz, muy a la española, Rogelio Vigil de Quiñones y Alfaro.